

Cuento

## Espejo de un mundo sin rostro

Gabriela Alejandra Melo\*

El tiempo se detuvo por quizá cinco o seis segundos. En aquel mínimo lapso del destiempo las figuras de tres hombres quedaron completamente inmóviles, como si estuvieran esculpidas en cera. El silencio existía como si jamás hubiera habido ruido alguno, y lo único que fluía con los segundos era la luz titilante del holograma que se proyectaba sobre una pared de vidrio.

La súbita detención del tiempo le permitió al lector desplazarse en el espacio como si fuese una serpiente alada. Vio desde la esquina más alejada que la sala de juntas era un rectángulo hermético que impedía el paso de la luz del sol, luego dirigió la vista hacia nueve de las doce sillas que estaban vacías, y, por último, enfocó su mirada en los tres científicos adentrados en la senilidad que estudiaban el holograma de un autómata semejante al cuerpo humano.

Habiendo recorrido el espacio, la serpiente se aposentó en una esquina del cuarto mientras el tiempo cobraba de nuevo su vigor para seguir transcurriendo. Inmediatamente, las coyunturas de los científicos cobraron movimiento, el corazón retornó a su constante latido y los pulmones se abrieron recibiendo oxígeno. Cristo, el más veterano entre ellos, se puso de pie y avanzó unos cuantos pasos hacia el holograma, iniciando la proposición discursiva de su nuevo proyecto.

—La humanidad, desde los albores de su creación, ha lidiado con esta criatura compleja

y problemática que es el individuo. Su naturaleza, sus impulsos, sus reacciones y sus ideologías nos han resultado tan entrañables que incluso después de milenios seguimos sin poder definirnos. La variedad de cada rasgo identificable es tan numerosa y fértil que es físicamente imposible clasificar a cada humano dentro de un grupo en específico.

Cristo hablaba con las manos en la espalda como si estuviera cavilando consigo mismo. Encima de la mesa había tres tomos sobre ciencia y filosofía; todos ellos estaban marcados y raídos por su frecuente uso a través de los años.

—Leer al cuerpo humano no solo en la ciencia sino también en la filosofía me ha permitido ahondar en nuevas teorías que relacionan el comportamiento individual con el colectivo. Los filósofos de la antigua Grecia desde el siglo V a. C. manifestaban su preocupación por la corruptibilidad del ser humano, tanto así, que Platón dedicó más de un discurso a la construcción de una utopía en la que se erradicara la individualidad en aras del Estado. La desemejanza ha provocado un actual ambiente de violencia, guerras, disputas y muertes —extendió su mano hacia la figura de la Máquina, y al palpar su cabeza, el holograma se adentró en el mecanismo interno, desglosando el cerebro artificial por partes—, y la autodestrucción del mundo es conducida por esta particularidad intrincable. Cada mente es una bomba de tiempo en retroceso esperando explotar —hizo una pausa y dirigió su mirada hacia otro de los científicos—. Sé que usted no se sorprende, doctor Doñolón, porque es una verdad naturalizada, pero lo

\* Estudiante del programa de “Creación literaria” de la Universidad Central. Correo: gmeloe@ucentral.edu.co

más aterrador reside en que todos hemos dado una aceptación implícita ante esta realidad; el planeta es un campo minado, y cada bomba es tan diferente a la otra que es imposible evitar que de un momento a otro todas detonen.

Se quedó en silencio por un rato, con la mirada fija sobre la pared de vidrio. Por orden de voz, una carpeta adyacente al prototipo de la máquina se abrió y en ella se mostraron bocetos y fórmulas de antiguas versiones del autómeta.

Con una determinación arraigada desde hace años, comenzó diciendo:

—Por eso, les planteo lo siguiente.

Un nuevo ser camina por un pasillo oscuro: la Máquina. A sus espaldas, una puerta de metal acaba de cerrarse y el panel contiguo a ella se torna rojo. Los párpados se cierran, la mandíbula se abre, los mecanismos auditivos se agudizan, el motor de la función bípeda se pone en marcha; primero avanza un pie, después otro. La membrana que recubre el mecanismo interno es traslúcida, por lo que ella puede contemplar cada una de sus extremidades. La Máquina observa detenidamente el cuerpo a través de sus cámaras intraoculares; su perfecta afinidad, la exacta simetría entre las proporciones de mano-antebrazo y antebrazo-brazo, y la percepción totalitaria de su entorno se registra en la caja negra de su memoria, como si estuviera saliendo de la matriz materna por primera vez.

Escucha de repente un rumor en la distancia, y se dirige hacia él. El pasillo lo conduce a una especie de contenedor lóbrego, iluminado escasamente por la luz. Dentro ve cientos de versiones como él, unos más pequeños, otros más largos, unos que se arrastran y otros que trepan por las paredes peleando cuerpo a cuerpo en una refriega que carece de causa alguna. Los más fuertes arrancan las extremidades de los más débiles para introducir las en sus propios mecanismos y se mueven por la habitación como octópodos

desproporcionales; sus cables chispean y las placas sobrecalentadas ondean su calor al techo hasta que explotan.

Repentinamente, un autómeta fija la vista en él, y luego otro, y después otro más, hasta que media docena de ojos advierten la nueva aparición y marchan hacia ella. Uno intenta asirle de un brazo, pero la Máquina, siendo más fuerte, lo arroja al otro lado de la habitación mientras esquiva otro golpe. Los demás parecen no tener oportunidad contra ella mientras avanza hacia la puerta del otro lado de la habitación. Pedazos inservibles de metal vuelan por los aires con su paso arrasador, y en el momento en que alcanza el otro extremo ni siquiera se detiene para mirar por encima del hombro. No se escucha nada más que el silencio.

El panel cambia a verde y la puerta se abre impulsada por un compresor de aire, mostrándole la visión de otro largo pasillo.

—La invención de modelos defectuosos finalmente nos ha permitido presentar el prototipo ideal de la Máquina. El estudio de los campos del conocimiento humano representaba para



**En estos tiempos estamos tan sumergidos en el pozo de la tecnología que nos olvidamos de nuestra realidad tangible. Este todo nos ordena que seamos colectivamente individualistas, por lo que no nos interesa velar más allá de nuestro propio bienestar.**

nosotros la alegoría de un rompecabezas que teníamos que armar. Cada ficha tenía que ser fabricada en una medida exacta para encajar, de manera que no nos podíamos permitir tener el más mínimo margen de error. Quizá la estructuración de este arquetipo escape a su entendimiento, pero es esencial el que ustedes vean lo imposible: la manifestación auténtica de la perfección en todas sus maneras, ámbitos y perspectivas.

—Para demostrar su efectividad en un rango en el que no tenga lugar la duda se han ejecutado una serie de pruebas basadas en las falencias y los defectos del ser humano. Ellas representarían una línea del tiempo en reversa que inicie con nuestra Hipermodernidad actual —señaló su entorno como si pudiera abarcar toda una era con la longitud de sus brazos—. En estos tiempos estamos tan sumergidos en el pozo de la tecnología que nos olvidamos de nuestra realidad tangible. Este todo nos ordena que seamos colectivamente individualistas, por lo que no nos interesa velar más allá de nuestro propio bienestar.

—Por lo tanto, la Máquina en su primera prueba buscará rebasar a los modelos ineficientes que han sido creados desde la Hipermodernidad, es decir, desde la tecnología y la ambición. Su reacción inmediata en cuanto vean a la Máquina se desbordará agresivamente y esto le permitirá a ella defenderse y ser consciente de la afinidad y la armoniosa proporción que

posee cuando entre en comparación con los otros. La respuesta programada según el método científico de la observación será la de la superioridad, por ende y como reacción natural, deberá infravalorarlos por su asimetría y desproporcionalidad sin sentir respuesta emocional alguna.

Cristo observó a sus colegas por un rato. Casi pudo escuchar las voces interiores en sus cabezas opinando y considerando la situación. Él mismo le permitió hablar a su mente.

“La lucha será devastadora, instintiva e incluso incoherente en autómatas privados del impulso animal, que de la misma mano del hombre han sido creadas. La Máquina las observará, y al registrar cada pequeño detalle anatómico de los otros no-seres, un mecanismo innato, lingüístico y científico, se activará repentinamente. El estudio derivado de la observación arrojará un único resultado: Ellos no son como yo”.

Antes de llegar a la próxima habitación percibe unas vibraciones en los pies y el cerebro, como si un mar de ondas agitado por el aire hubiera alterado el oleaje parsimonioso del silencio. Casi entrando al nuevo espacio las olas viajan hacia sus canales auditivos y ella identifica característicos sonidos de platos rompiéndose, risas mecánicas y el crujir de la madera mientras las cámaras intraoculares se adaptan a la luminosidad tenue de un viejo candelabro de plata. El ruido que había oído en la distancia sale de unos parlantes ubicados en las esquinas superiores, pero ahora le es imposible distinguirlo por la resonancia cacofónica, estruendosa, que emerge de la maquinaria oxidada de una docena de autómatas.

Elementos que reconoce como comida yacen putrefactos sobre un bufete. Toda clase de alimentos que albergaron en antaño sabor y color alguno son debatidos por las máquinas sucias y defectuosas; una mano agarra la manzana podrida y asciende hasta la mandíbula abierta; la fruta, ingerida sin masticar, muestra incluso desde el exterior su paso por los engranajes de

carbono hasta que llega a las caderas y glúteos y se estanca, sin tener lugar donde ir.

Un androide lo invita al banquete con un aspaviento, pero la Máquina camina lentamente por los extremos de la habitación contemplando, sin ninguna señal de interés. Su mirada ha adoptado ahora un matiz felino, discriminatorio, programado para rechazar las necesidades terrenales y evadirlas como si fueran veneno.

Repentinamente, baja su mirada en cuanto siente una presión en el tobillo. Un autómata que ha perdido su mitad inferior lo aferra con fuerza. Los cables del vientre chispean, espasmos pulsantes tuercen su cabeza en ángulos imposibles; su maquinaria está ya tan averiada y defectuosa que basta una simple patada al núcleo de su cabeza para desactivarlo totalmente.

En la distancia, la Máquina ve las piernas del autómata desperdigadas en el suelo. La parte superior es casi irreconocible por la cantidad de comida que se ha aglutinado, y justo cuando otro panel verde se activa, los autómatas restantes corren hacia la maquinaria inservible, tragando nuevamente los alimentos del androide que había acabado de explotar.

La Máquina traspasa la puerta y avanza, solo que esta vez sí se detiene para mirar sobre su hombro. Un pensamiento voluntario que sobrepasa los límites de la programación asocia la escena que ve con una manada de caníbales, y de repente una gota de tinta negra sale expulsada del mecanismo central hacia la membrana traslúcida que lo cubre.

Flota unos segundos sobre el plasma y luego desaparece.

—Suponiendo que dicha máquina superase la primera prueba —preguntó el científico Tosán—, ¿en qué consistiría la segunda?

—Distinción y evasión. La Máquina sabrá reaccionar y rechazar los placeres básicos e instintivos del ser humano por medio de la

representación de un banquete. Verá, usted cree que tal vez nos hemos desmedido en la teatralidad de las pruebas, pero estamos siguiendo un patrón lineal en reversa, concerniente a las épocas de la historia. Podrá contrariarme, pero mi equipo de investigación ha visto la decadencia de la humanidad desde la invasión a Grecia por parte del Imperio Romano. De eso ya son veinticinco siglos. Dos milenios en los que se ha tratado de comprender la complejidad de la naturaleza humana sin mucho éxito, pues ha habido tantos cambios, reversos y misterios, que nos es casi imposible retornar a quienes éramos mucho tiempo atrás.

—Siguiendo la linealidad, ¿qué tiene que ver el banquete con un periodo de la historia? —Doñolón se recostó en su asiento, dubitativo.

—El banquete representa la desmesura de los carnavales de la Edad Media, en la que la gente se entregaba a los placeres exacerbados de la comida y la concupiscencia sin hacer distinción alguna; no había jerarquías, ni edades, ni géneros. François Rabelais representó aquella mundanidad en su *Pantagruel* haciéndolo grotesco y enorme, y así, consiguió reproducir los festines burlescos de un pueblo medieval que al fin y al cabo era netamente escatológico. Esta nueva versión del banquete medieval tendrá a los modelos anteriores que fueron programados erróneamente para ser un todo terrenal, y la visión de la escena caótica hará que una parte de la red de pensamiento de la Máquina desarrolle un juicio estético negativo y lo asocie con la idea del mal. Es feo porque es malo. Es desordenado porque es malo. Es grotesco porque es malo.

Cristo tenía en el rostro el gesto inconfundible de la obsesión. Hablaba con tal vehemencia que los dos científicos temían interrumpirlo.

—Su sistema de análisis interno procesará los datos evidentes con nuevas hipótesis deductivas. Relacionará conceptos de caos, vorágine y desorden con los de repudio, indiferencia y odio, y, por primera vez, tendrá nuevas

percepciones de rechazo ante la diversidad de seres que son inferiores a él. Pensará: “Yo, Máquina superior, que he sido forjada a la perfección y edificada a base de patrones matemáticos de armonía, no he de rebajarme a las actividades de estos autómatas”.

—¿No es eso quizá un poco egocéntrico?  
—preguntó Doñolón, haciendo anotaciones en su cuaderno. Su semblante reflejaba desaprobación.

—Es necesario el egocentrismo cuando nos comparamos con seres inferiores, señor Doñolón. Eso nos permite clasificarnos por selección natural —Cristo abrió un diagrama en forma de pirámide. Estaba clasificado de acuerdo a la eficiencia de cada autómata—. En una sociedad en la que cada uno es consciente del lugar que ocupa nadie buscará pasar por encima de otro para adquirir el poder. Se erradica la competencia y la parte perversa de la individualidad casi instantáneamente.

—Y la Máquina será consciente de todo eso  
—dijo Tosán, más como una afirmación que como una pregunta.

—Efectivamente. Así funciona su programación. Verá a los demás y se comparará: Ella, unidad perfecta, frente a una colectividad amorfa y sin proporciones que es un todo.

La Máquina esta vez sube un largo tramo de escaleras y llega a una terraza irradiada por dos soles artificiales. La luz reverbera en el suelo haciendo que todo se vea áureo y resplandeciente. En el centro de la cúpula, un halo luminoso alumbraba una carroza atada a dos caballos, uno blanco y otro negro. El esporádico toque de sus pezuñas contra el suelo y la eventual sacudida de la testuz son los únicos movimientos que se perciben dentro del domo.

Encima de la carroza, con la pose de un empujador guerrero, se encuentra una máquina igual a ella, solo que su contenedor exterior ha sido pintado de un rosa pálido como el color de la piel. La Máquina recuerda haber estudiado el conjunto de extremidades que conformaban

su mecanismo; recuerda haber medido sistemáticamente sus proporciones exactas, y cómo su cuerpo de metal era adaptable y resistente a cualquier tipo de prueba. Mirando hacia la máquina inmóvil que está en frente, descubre, al compararse, las similitudes que hay entre ellos, y la parte cerebral lingüística del juicio estético le revela que es bueno y justo porque es bello, porque su simetría armoniosa es un espejo en el que ella se ve reflejada.

La Máquina avanza lentamente hacia su semejante. La otra la ve, y su rostro pintado de rosa adopta un inexplicable semblante de felicidad mientras le tiende una mano para ayudarlo a subir a la carroza. Ella acepta su ofrecimiento, pero una tinta ha comenzado a teñir los cableados del circuito central.

La ideología voluntaria aparece de nuevo en su campo de visión: es odio.

Es la envidia, el malestar de reconocerse en el otro y dejar de ser único.

Cristo, moviendo el holograma tridimensional de la máquina, reveló la última prueba.

—Es el obstáculo más difícil: el enfrentamiento entre seres completamente iguales.

Tosán y Doñolón se miraron de reojo con una inquietud en sus ojos. No lo mencionaron en voz alta pero ambos pensaron lo mismo: Cristo se había obsesionado con el prototipo de una máquina que aún era demasiado insubstancial y fragmentaria como para ser llevada a cabo.

Por su parte, Cristo, absorto en el tema, continuó hablando sin parar.

—La Máquina ha sido mi objeto de estudio durante años. La misma ubicación de sus piezas sigue los ideales de una teoría que estudiaba las proporciones en el cuerpo humano. El hombre de Vitruvio de da Vinci inscribió maravillosamente la acomodación exacta del humano en un círculo y un cuadrado: dos figuras consideradas imágenes de la perfección, por lo que necesitábamos de la iluminación de la razón áurea para construir un autómata

que incluso fuera más armonioso que nosotros mismos. Esta teoría nos explica que la Naturaleza ha diseñado el cuerpo humano de forma que sus miembros están proporcionados a su estructura como un todo. Dicha construcción sigue un sistema matemático de adición y sustracción en el que, agrupando consecutivamente cada uno de los pares de las medidas del cuerpo, se obtiene un todo que es perfecto y simétrico, y dado que cada miembro compone una variable, esta es a su vez producto de la suma de dos medidas precedentes.

Sacó rápidamente de su bolsillo un marcador y sobre la lámina de vidrio escribió una serie de números:

1, 1, 2, 3, 5, 8, 13, 21, 34, 55, 89...

—Si observan la llamada Sucesión de Fibonacci, se darán cuenta de que cada término es la suma de los dos anteriores.

Los científicos hicieron un rápido cálculo mental y asintieron con la cabeza.

—Ahora bien, el científico Adolf Zeising propuso una teoría a mediados del siglo XIX en la que dividía la altura total del cuerpo en cuatro zonas principales: de lo alto de la cabeza al hombro, del hombro al ombligo, del ombligo a la rodilla, y de la rodilla a la planta del pie. Estas zonas a su vez se ramificaban en cinco segmentos que estaban dispuestos simétricamente dentro de cada zona siguiendo un patrón específico. Nosotros somos matemática armoniosa, ¿cómo no emplearnos, en ese aspecto, como ejemplo para la construcción de la Máquina?

—Cuando ella ingrese a la última habitación se verá a sí misma reflejada en otro. Cuando se encuentre con su réplica verá toda la razón áurea en un cuerpo que no es más que el suyo mismo, y gran parte de su programación arrojará una conclusión exitosa: el símil que comparten es el pilar de una sociedad futura en la que máquinas como ellas gobiernan un Estado resistente a la envidia, el individualismo

**Es necesario el egocentrismo cuando nos comparamos con seres inferiores, señor Doñolón. Eso nos permite clasificarnos por selección natural.**

y la soberbia. Así, idealmente, el poder se convertiría en una unidad divisible que perteneciere a todos por igual. No habría nada mejor, nada equiparable: sería la materialización de la utopía.

Cristo se giró hacia sus colegas con un gesto inconfundible de esperanza y orgullo. Hablaba con la vehemencia del predicador frente a un público creyente como si les estuviera revelando una nueva verdad universal.

—No sé cuáles son sus pretensiones con este proyecto, señor Cristo. ¿Sustituir a la raza humana? ¿Enseñarles a convivir con nosotros? —preguntó Tosán con el ceño fruncido, intentando descifrar la finalidad de un proyecto de tal magnitud.

—Todo lo contrario, señor Tosán —respondió haciendo un teatral aspaviento hacia el holograma—. Serán ellos quienes nos enseñen a vivir en comunidad. El humano por naturaleza es un ser de costumbres que aprende de su entorno, por lo que la convivencia de las máquinas en un espacio de simulacro servirá de ejemplo para nuestros propios gobiernos y sus relaciones globales. La programación de estos autómatas será un manual de conducta que ilustrará la futura toma de decisiones a la racional pero impulsiva mente del ser humano —se dirigió a su asiento, y por primera vez desde que inició la charla se sentó y puso sus manos por encima de la barbilla—. Tengo expectativas realmente altas, señores. Estoy seguro de que este proyecto cambiará la percepción del mundo y retornará a aquella época

distante de la *polis* y la *areté* —pronunció la última palabra con una cadencia erróneamente francesa—, como decían los griegos.

Cristo mira impertérrito el cristal de vidrio. Todos sus músculos se han paralizado con una sacudida eléctrica que le genera dolor. En la tabla de análisis que yace en el suelo están anotados los datos de la actividad de la Máquina que se han llevado a cabo en las pruebas. El esfero se ha deslizado debajo del panel del control; está ahora tan inalcanzable como el objetivo final.

Al otro lado del vidrio la Máquina sostiene la cabeza de su igual y sube a la carroza, exhibiéndola como un trofeo. La tinta negra se esparce por su mecanismo interno, empapando todo de un negro intenso y devastador hasta que la membrana ya no trasluce nada más que oscuridad. Las manos robóticas se apoderan de las riendas y dan un tirón implacable a las anteojeras, pero la sacudida es tan violenta que el caballo negro se encabrita y relincha, haciendo que la carroza se desequilibre y oscile de un lado a otro.

La Máquina se tambalea y cae al suelo cuando el caballo manda sus patas delanteras hacia adelante.

La herradura golpea la base de su cráneo con tanta fuerza que su mecanismo interno deja de funcionar inmediatamente.

La tinta negra se esparce por el suelo.

No se ven más que los tornillos y cables rotos que ha dejado el paso exterminador del caballo.

Tosán procura reír en voz baja mientras se acerca al intercomunicador para llamar al personal de limpieza.

—Sí, traigan el incinerador, gracias —y mirando a Cristo dijo—: Le quedó muy bien ambientada la última escena, doctor, lástima que no haya surgido como lo habíamos esperado —niega con la cabeza—. Me parece reconocer la alegoría de los caballos con la razón y los placeres del alma. Es de Platón, ¿no?

Y al ver que Cristo no le responde se encoge de hombros y abandona la habitación, silbando alguna canción vieja que había oído de niño.

A su lado, Doñolón le palmea el hombro con empatía. Recoge la tabla del piso y se encamina hacia la puerta.

—Nada que haya sido creado por la mano del hombre puede ser perfecto, señor Cristo. Por eso dicen que el cielo siempre será hermoso.